

ESTAMBUL

ORHAN PAMUK

Mondadori. Barcelona, 2006. 448 págs.
ISBN 978-84-397-2029-4



Este libro autobiográfico del último premio Nobel de Literatura es un retrato, en ocasiones panorámico y en otras íntimo y personal, de una de las ciudades más fascinantes. La historia da comienzo con el capítulo de su infancia, donde Pamuk nos habla sobre su excéntrica familia y su vida en un polvoriento apartamento en el centro de la ciudad. El autor recuerda que fue en aquellos días lejanos cuando tomó conciencia de que le había tocado vivir en un espacio plagado de melancolía: residente de un lugar en que arrastra un pasado glorioso y que intenta hacerse un hueco en la modernidad». Esta elegía sirve para que el autor introduzca a pintores, escritores y asesinos, a través de cuyos ojos el narrador describe la ciudad.

VIAJES POR EL SCRIPTORIUM

PAUL AUSTER

Anagrama. Barcelona, 2007. 192 págs.
ISBN 978-84-339-7117-3

Un hombre mayor está encerrado en una habitación. No recuerda quién es. Sobre el escritorio ve una pila de papeles cuya importancia no es capaz de descifrar. Ignora que le vigilan: lo que leemos es el informe de los movimientos de este amnésico al que llaman Mr. Blank y de las visitas que irá recibiendo. Una serie de personajes relacionados con su pasado pretenden ajustar cuentas con él. Otros le muestran su gratitud, como la mujer que le cuida, Anna (a quien está unido pese a haberle hecho algo terrible que no logra recordar). Cada visita proporcionará nuevas pistas sobre la identidad y el pasado de Mr. Blank. ¿Quién es realmente Mr. Blank? ¿Cuál es su relación con esos personajes que lo tienen encerrado? ¿De qué lo acusan? Uno de los manuscritos que hay entre los papeles del escritorio encierra la clave de su situación. La novela deviene entonces una caída en el abismo donde resuenan ecos de las obras de Auster.

BIEN EDUCADOS

SALVADOR CARDÚS

Paidós. Barcelona, 2006. 136 págs.
ISBN 84-493-1917-X



La expresión «ser bien educado», que significa tener urbanidad, mostrar una conducta cívica, había caído en desuso e incluso sonaba algo retrógrada. La actual generación de padres y profesores estaba convencida de que bastaba con educar a buenas personas, al margen de las

buenas maneras. Y ahora descubrimos con estupor que tenemos grandes problemas de convivencia porque somos unos maleducados. ¿Qué nos ha ocurrido? Cardús, rehuyendo los sermones apocalípticos sobre la crisis de valores y las sospechosas llamadas al rearme moral, propone un modo alternativo de pensar el civismo y pone de relieve que la creciente informalidad permite imponer con mayor facilidad los gustos del mercado.

CONTRASEÑAS GABRIEL RODRÍGUEZ

Un lugar en el mundo

Es frecuente ver en los aeropuertos y en otros espacios públicos similares a gentes que van de un lado para otro con los teléfonos móviles, solos y hablando en voz alta, como paranoicos que no se percatan de su entorno inmediato. Cuando encienden el móvil, apagan la calle. Se diría que transitan por un «no lugar», suspendidos en una especie de limbo y ajenos a cuanto sucede a su alrededor.

Para Ferdinand Tönnies, padre de la sociología alemana, hay tres formas de constituir una comunidad: por placer, por hábito y por la memoria. En estas tres formas se apoya la división clásica de las comunidades: comunidades de sangre (la más natural y primitiva, como la tribu, la familia o el clan), comunidades de lugar (cuyo origen es la vecindad, como los pueblos y las aldeas) y comunidades de espíritu (su origen es la amistad, la tradición o la ideología).

Del mismo modo, Emile Durkheim distingue entre las comunidades regidas por la solidaridad mecánica, características del mundo rural, y las regidas por la solidaridad orgánica, fruto de la división social del trabajo. Incluso se puede hablar de un nuevo tipo de comunidad. Es la que Zygmunt Bauman denomina «comunidad de guardarropa», que se improvisa durante el tiempo que duran las causas que la provocan y se vuelve a desmantelar cuando finalizan.

Hace más de un siglo, el sociólogo norteamericano Charles Horton Cooley nos advertía de los peligros que el individualismo rampante de la entonces naciente sociedad industrializada de Estados Unidos estaba causando, como la pérdida de la comunicación directa

interpersonal, que es la base de la sociedad. Es en las relaciones «cara a cara» donde se fraguan lo que Cooley denominaba grupos primarios, como la familia, el barrio o el pueblo.

Desde hace cerca de dos años vivo en Castillo de Bayuela, un pequeño pueblo del noroeste de la provincia de Toledo, enclavado en las faldas de la sierra de San Vicente, que se sitúa a la espalda de Gredos y entre los valles de los ríos Tiétar y Alberche. Se trata de una comarca típicamente serrana, en la que no faltan encinas, robles, alcornoques, enebros y, sobre todo, castaños. En las zonas llanas, se cultivan olivos, vides y hortalizas. El campo, o por decirlo en términos turísticos, «el paisaje», de singular belleza, es el resultado de una larga historia de relaciones entre el medio y el hombre. Al mismo tiempo, el pueblo presenta una densa y rica vida social, marcada por los ritos y los ritmos del trabajo. Las fiestas, las reuniones, el trato cara a cara cobran especial relevancia en un mundo en el que el hombre, con nombre y apellidos, incluso con su mote, todavía es la medida de todas las cosas.

No se trata de pretender una vuelta a un imposible paraíso perdido. *Et in Arcadia ego* («también estoy en la Arcadia»), como reza la inscripción del cuadro del pintor barroco Nicolas Poussin. Sin embargo, en un mundo de «no lugares», de comunicaciones virtuales, marcado por la incertidumbre, la inseguridad y la vulnerabilidad, el vínculo con otras personas y el anclaje a un lugar físico concreto resultan un recordatorio de que otras formas de comunidad son posibles.